

satiempos y diversiones mundanas los toques interiores de la conciencia, hasta que... por último airada y enfurecida la voluntad contra la impertinencia de la propia conciencia, dícele a esta: *Cállate, importuna; déjame en paz por el camino que sigo: no, no quiero retroceder en el...*

Y, estimulada y mal aconsejada por la pasión, la voluntad *manda* a la razón que invente, busque razones, cuando menos aparentes, cavilaciones y subterfugios con que apoyar sus *dudas* en la fé, para desentenderse de los dictados de la conciencia...

Llegado este período de la lucha, el alma va progresivamente perdiendo su fé: la corrupción del corazón ha trascendido al entendimiento, cuyos brillo y luz divina aquella ha ido ofuscando y apagando.

...Y sigue el alma con creciente frenesí por el camino ancho y espacioso de la perdición, que es el señalado por la pasión; y se siente cada vez más impotente y menos dispuesta a retroceder por los malos hábitos, ya contraídos, de sus concupiscencias sin freno...

La conciencia, que ve todo esto, sigue llamando a la voluntad, unas veces con silbos amorosos, otras con voces de amenaza, ya suavemente con cariño de padre, ora enérgicamente con severidad de juez.

Mas... ¡pobre alma! ya es tarde: La voluntad, de respondona que era antes, se vuelve ahora *rebelde y obstinada*.

Y, así, más tarde, o más temprano, en esta o semejante forma llega un día en que, enojada, dice a la conciencia: Basta de tus voces y reprensiones: si hasta ahora te he temido aún y tenido alguna consideración escuchando tus ruegos y amenazas, de hoy en adelante no quiero escucharte más. ¿Qué? piensas reducirme con tus amenazas constantes? Farsante impertinente! Ahora, no solamente dudo de la verdad de tus razones y realidad de tus amenazas, sino que *positivamente no las creo*, no las quiero creer. ¿Piensas hacerme retroceder mostrándome el espantajo del infierno?... Es un mito, un cuento de viejas: no creo en él. ¿Quieres animarme a practicar la virtud y vencer la pasión con la esperanza del cielo?... Tampoco creo en él, ni lo necesito. ¿Me hablas de la Iglesia que manda y exige ser obedecida, de los sacerdotes, representantes de Jesucristo, de Jesucristo mismo, Camino, Verdad y Vida, que demanda ser creído y obedecido?... Tampoco creo en ellos en lo que tienen y significan de sobrenatural y divino... Déjame pues, en paz y no vuelvas a molestarme más.

(Concluirá.)

EL SEÑORITO FANFARRIA

(SUTERMEISTER)

Cierto rey contaba entre su servidumbre un paje que se le llamaba el señorito fanfarria por ser ligero de lengua en si haría esto o lo de más allá sin lograr conseguirlo, porque no tenía en cuenta los medios de que disponía. En la misma corte, vivía igualmente un bufón y se propuso corregir al señorito famfarria, y lo hizo de la siguiente manera.

Un día tuvo el rey ganas de comer pájaros asados, y dijo al señorito famfarria:

—Juan, véte al bosque y mata diez pájaros.

El señorito famfarria contestó:

—No diez; un centenar mataré.

—Está bien,—añadió el rey—si tan buen tirador eres, mata un centenar. Por cada uno te pagaré cuatro pesetas.

No bien lo hubo oído el viejo bufón, que adelantándose al señorito famfarria, se fué al bosque, donde se encontraban la mayoría de los pájaros, llamóles, y les habló de esta manera:

—¡Pajaritos míos, volad lejos! Juan el jactancioso viene a este lugar, y viene dispuesto a matar cien pájaros.

Cuando el señorito famfarria llegó al bosque, no pudo ver pájaro alguno porque todos se habían ocultado en sus nidos. Volvió a palacio con las manos vacías. Cien días de cárcel le valió el no poder cumplir lo que con tanta jactancia había prometido.

Libre ya, otro día dijo el rey:

—Quisiera hoy para mi mesa cinco pescados.

Los cien días de prisión se presentaron a la memoria del señorito famfarria, y lo contuvieron algo en sus pretensiones.

—En lugar de cinco pescados, presentaré cincuenta—acabó por decir al rey.

—Si eres buen pescador, tráeme los cincuenta pescados. Por cada uno te daré diez pesetas—añadió el rey.

Fuése en seguida el bufón al mar, llamó a los peces, y les dijo:

—¡Peccecitos míos, nadad bien lejos! Juan el jactancioso viene hacia aquí dispuesto a llevarse cincuenta peces.

Y cuando el famfarria llegó al mar, no pudo pescar ningún pez. Todos se habían ido a otras partes. Y como volviera a palacio nuevamente con las manos vacías, el rey lo mandó encerrar cincuenta días, por lo prometido y no cumplirlo.

Pasados los cincuenta días de cárcel, volvió el rey a decir:

—Quisiera que me sirvieran una liebre.